

semejante derecho era insuficiente; producía á lo más trece ó catorce millones anuales y se necesitaban treinta; en los tres años VI, VII y VIII no se habían destinado á los caminos arriba de treinta y dos millones, cuando hubieran sido menester ciento por lo menos para reparar los destrozos causados por el tiempo y cuidar anualmente de su conservación.

Aplazando el primer cónsul la adopción de un sistema completo, recurrió al medio más sencillo, que era destinar á tan importante ramo fondos generales del Estado. Conservó el tanto, su modo de percepción y su inversión actuales; se limitó á vigilar más escrupulosamente su empleo, y destinó desde luego doce millones para el año IX; suma considerable en aquella época. Debía servir esta suma para componer las principales calzadas que partían del centro á las extremidades de la república, esto es, de París á Lila, á Estrasburgo, á Marsella, á Burdeos y á Brest. Proponíase trasladar más tarde de estos caminos á otros los fondos que acababa de destinarles, aumentarlos proporcionalmente al mayor desahogo en que se fuera hallando el Tesoro, y emplearlos juntamente con los productos del tanto ó derecho de portazgo, hasta que llegase á estar el sistema de caminos en Francia como debe estar en todo país civilizado.

Los canales de San Quintín y de l'Ourcq, emprendidos á fines del antiguo régimen, no ofrecían á la vista más que fosos medios cegados, colinas medio hendidas, y, en una palabra, ruinas más bien que obras del arte. Envió allí al punto ingenieros, fué él mismo en persona, y dió planes definitivos para ilustrar con trabajos de tanta utilidad pública los primeros momentos de la paz próximamente esperada.

No era sólo su deterioro lo que hacía las carreteras intransitables, sino también el hallarse infestadas de bandoleros en gran número de provincias. Los chuanes y los vandeños, que habían quedado ociosos después de terminada la guerra civil y que habían contraído hábitos ó inclinaciones que no podían satisfacer con la paz, ejercían sus rapiñas en las carreteras de Bretaña y de Normandía y en las cercanías de París. Los prófugos que habían querido librarse de la quinta, algunos cuantos soldados del ejército de la Liguria que había impedido á desertar la miseria, cometían los mismos desmanes en los caminos del centro y del Mediodía. Jorge Cadoudal que volvió de Inglaterra con mucho dinero, oculto hoy en el Morbihán, dirigía secretamente á aquella nueva chuanería. Para reprimir aquel desorden se necesitaban numerosas columnas movilizadas y comisiones militares anejas á ellas. Había formado ya el primer cónsul algunas de esas columnas, pero carecía de tropas, porque al paso que el Directorio había conservado demasiadas tropas en lo interior, él por su parte había conservado muy pocas; pero decía con razón que después que hubiera batido á los enemigos de fuera, daría cuenta en breve de los que quedaban dentro. «Paciencia, respondía á los que le hablaban con temor de aquella especie de desorden; dadme uno ó dos meses de tiempo, que para entonces habré conquistado la paz, y haré cabal y pronto escarmiento con esos salteadores de caminos.» Era, pues, la paz entonces la condición indispensable para conseguir el bien en todas las cosas. Sin embargo, mientras duraba la expectativa se consagraba á remediar los negocios más urgentes.

Ya dejamos dicho que había consentido en substituir al juramento que se exigía en otro tiempo á los sacerdotes una simple promesa de obediencia á las leyes, que no podía repugnar á su conciencia en manera alguna. Al momento aparecieron como en tropel, viéndose á un mismo tiempo disputarse las funciones del culto á los clérigos constitucionales que habían prestado juramento á la constitución civil del clero; á los curas no juramentados que sólo habían prometido obediencia á las leyes, y por último á los que no habían hecho juramento ni promesa ninguna. Los sacerdotes que pertenecían á las dos primeras clases, se disputaban mutuamente la obtención de las parroquias que se les concedían más ó menos fácilmente, según la disposición de ánimo, hasta el extremo variable, de las autoridades locales. Los que se habían negado á toda especie de declaración, se dedicaban clandestinamente en lo interior de sus casas á la práctica del culto, y eran para muchos fieles los únicos ministros de la verdadera religión. Finalmente, para mayor confusión venían después los teofilántropos, que substituían á los católicos en las iglesias, y en ciertos días señalados cubrían de flores los altares donde otros habían celebrado el sacrificio de la misa. Estos ridículos sectarios celebraban fiestas en honor de todas las virtudes: del valor, de la templanza, de la caridad, etc. El día de Todos Santos, por ejemplo, tenían consagrada una á la veneración de los progenitores. Para los católicos sinceros era aquella una profanación de los edificios religiosos, cuyo término pedían el buen juicio y el respeto debido á las creencias dominantes.

Para poner fin á aquel caos, era menester un convenio con la Santa Sede por el cual fuera posible reconciliar á los que habían prestado juramento con los que habían hecho la simple promesa, y por último con los que se habían negado á ambas cosas. Pero monseñor Spina, enviado de la Santa Sede, acababa apenas de llegar á París, y asombrado de encontrarse allí, esquivaba las miradas de todos. El asunto de que iba á tratarse era tan espinoso para él como para el gobierno. El primer cónsul, que sabía distinguir con un tacto exquisito á los hombres y el empleo para que eran idóneos, opuso á aquel italiano astuto el personaje más capaz de hacerle frente, que era el cura Bernier, reconciliado por fin con el gobierno, después de haber dirigido por mucho tiempo las facciones de la Vendée. Habíale traído á París y unídole á su persona por el vínculo más honroso de todos, á saber, el deseo de contribuir al bien público y de hacerle partícipe de este honor. Paró el cura Bernier, restablecer la buena armonía entre la Francia y la Iglesia era continuar y acabar la pacificación de la Vendée; pero las conferencias con monseñor Spina apenas habían empezado, y por otra parte no era posible prometerse de ellas resultados benéficos inmediatos.

Importaba llegar cuanto antes á un arreglo de los asuntos religiosos, porque la paz con la Santa Sede no era menos apetecible para la tranquilidad de las conciencias, que la paz con las grandes potencias de Europa. Pero entretanto quedaban aún muchísimos desórdenes singulares ó lastimosos, á que procuraba el primer cónsul poner remedio como mejor podía, dando decretos consulares. Ya por el que expidió en 7 nivo-

so del año VIII (28 de diciembre de 1799) había impedido que las autoridades locales, desfavorables muy á menudo al clero, le pusiesen obstáculos en el ejercicio de su religión. Apoderadas, según dejamos dicho en otra parte, de los edificios del culto, se negaban muchas veces á abrirlos á los sacerdotes, fuera de los días de *décadi* sin exceptuar el mismo domingo, pretendiendo que solo el *décadi* era el día de fiesta reconocido por las leyes de la república. El decreto que hemos mencionado arriba tenía por objeto zanjar esta dificultad, obligando á las autoridades locales á entregar á los sacerdotes los edificios erigidos para el culto los días señalados por cada religión. Pero este decreto no resolvió todas las dificultades relativas al domingo y al *décadi*. Entre las leyes y las costumbres, existía en este punto una contradicción que conviene indicar para dar una idea del estado de la sociedad francesa en aquella época.

La revolución, en su pasión exagerada por lo uniforme y simétrico, no se limitó solamente á introducir la uniformidad en todas las medidas de longitud, superficie y peso, y á reducirlas á unidades naturales y fijas, como una fracción del meridiano ó la gravedad específica del agua destilada, sino que también quiso introducir la misma regularidad en la medida del tiempo. Dividió el año en doce meses iguales de treinta días cada uno, completándole con la ingeniosa invención de cinco días complementarios; dividió el mes en tres *décadas* ó semanas de diez días cada una; redujo así los días de descanso á tres en cada mes, y substituyó á los cuatro domingos del calendario gregoriano los tres *décadis* del calendario republicano. No hay duda de que bajo el aspecto matemático, este último calendario valía mucho más que el antiguo; pero repugnaba á las ideas religiosas, no era el de la generalidad de los pueblos ni el de la historia, y no podía triunfar de los hábitos inveterados. El sistema métrico, después de cuarenta años de esfuerzos, de severidades legislativas, y á pesar de sus incontestables ventajas comerciales, no acaba de establecerse definitivamente sino ahora: ¿cómo esperar, pues, que pudiera mantenerse el calendario republicano contra la costumbre de veinte siglos, contra el uso del mundo entero y contra el poder de la religión? Cuando se introduce una reforma es preciso contentarse con reformar para destruir inconvenientes positivos y para restablecer lo justo donde no existe; pero reformar sólo por dar gusto á la vista ó recrear el ánimo, para trazar en todas partes la línea recta en donde no la hay, es exigir demasiado de la naturaleza humana. Se crean como se quiere hábitos de un niño, pero no se cambian los de un hombre maduro; lo mismo sucede con los pueblos: no se renuevan fácilmente los hábitos de una nación que cuentan siglos de existencia.

Así, resucitaba el domingo por todas partes. En ciertas poblaciones se cerraban en este día tiendas y talleres, en otras se cerraban los *décadis*; muchas veces en el mismo pueblo, tal vez en la misma calle, se notaba dicho contraste, presentando el espectáculo de una lastimosa lucha de ideas y de costumbres. Fuera de esto, sin la intervención de ciertas autoridades habría prevalecido el domingo en todas partes. Por un nuevo decreto de 7 termidor del año VIII (26 de julio de 1800), decidió el primer cónsul que cada cual fuese libre de

hacer fiesta cuando quisiera, y de adoptar para día de descanso el más conforme á sus gustos ó á sus opiniones religiosas, y que sólo los empleados, ceñidos á atenerse al calendario legal, tendrían que elegir el *décadi* para descansar de sus trabajos; lo que equivalía á asegurar el triunfo del domingo.

Razón tenía el primer cónsul en favorecer la vuelta á una costumbre antigua y general, y sobre todo si se proponía restablecer la religión católica, como quería, en efecto, y tenía razón para querer.

Llamaron de nuevo su atención los emigrados. Ya hicimos mención de la prisa que se daban en regresar á sus hogares desde los primeros días del consulado; esta premura fué en aumento así que vieron que la Francia gozaba de reposo, y que cuantos habitaban en su suelo vivían en completa seguridad. Pero por grande que fuese el deseo de poner término á la proscripción que sobre ellos pesaba, no era lícito para acabar con un desorden, dado que la proscripción lo sea, suscitarse otro, porque una reacción precipitada es también un desorden, y de los más graves. Los emigrados que regresaban se encontraban naturalmente con sus antiguos proscriptores que tanto daño les habían causado, ó con los compradores que habían adquirido sus bienes con papel, y así para unos como para otros eran enemigos enojosos, ó por lo menos testigos importunos, no teniendo bastante prudencia para no abusar de la clemencia que usaba el gobierno con ellos.

Aprovechaban con ardor la ley dada algunos meses antes, que mandaba la cancelación de la lista de emigrados. Los que habían sido omitidos en ella se apresuraron á disfrutar de las disposiciones á ellos concernientes. No pudiendo ya ser inscritos sino por mandato de los tribunales ordinarios, lo cual era un peligro muy débil, vivían tranquilos, y casi todos habían regresado. Los incluidos en la lista, y á quienes la ley sujetaba á comparecer ante las autoridades administrativas para reclamar que se los borrara de ella, se aprovechaban del espíritu de la época para conseguirlo. Solicitaban primero que se los vigilase, lo que según hemos explicado ya, equivalía á la facultad de volver temporalmente á su país bajo la vigilancia de la alta policía; hacían luego que se les facilitasen, por medio de sus amigos ó de personas serviciales, certificaciones falsas, para probar que no habían abandonado la Francia durante la época del terror, sino que sólo se habían ocultado para substraerse del patíbulo, y obtenían así ser borrados de la lista con facilidad increíble. Dicha lista, formada en otro tiempo por las autoridades locales con todo el azoramiento propio de las persecuciones, comprendía á ciento cuarenta y cinco mil individuos, y constaba de nueve tomos. Ahora, es verdad, se procedía con el mismo atolondramiento en borrar que se había empleado en inscribir, y los emigrados á miles iban recuperando todos sus derechos. Los unos, cuyos bienes aún no se habían vendido, se dirigían al gobierno para obtener que se les alzase el secuestro, é impedían según es costumbre la bondad de los mismos á quienes habían injuriado la vispera y á quienes habían de injuriar al día siguiente, y la mayor parte de las veces á la misma madama Bonaparte, por haber estado enlazada en otro tiempo con la nobleza francesa, merced á su categoría en la sociedad. No se seguía

gran daño de que los emigrados cuyos bienes no habían sido aún vendidos los recobrasen á costa de algunos pasos seguidos bastante á menudo de ingratitud por parte de los mismos; pero aquellos cuyos bienes habían sido enajenados iban á las provincias, se dirigían á los nuevos propietarios, y muy á menudo á fuerza de amenazas, de importunidades y aun de sugerencias religiosas junto al lecho de los moribundos, hacían que se les devolviese á precio ínfimo el patrimonio de sus familias, valiéndose de medios nada más lícitos que los que se habían empleado para despojarlos de dichos bienes.

Llegó á ser tan general el clamor sobre este punto, que llamó la atención del primer cónsul. Quería éste reparar las crueldades de la revolución, pero quería ante todo no causar temores en cuanto á los intereses creados por ella y legitimados por el tiempo. Creyó por lo tanto necesario tomar una medida que no era más que un principio de lo que hizo más adelante, pero que restableció en cierto modo el orden en aquel caos de reclamaciones, de vueltas precipitadas y de tentativas peligrosas. Después de una discusión concienzuda en el Consejo de Estado, se formuló en 20 de octubre de 1800 el siguiente decreto (28 vendimiario del año IX).

Primeramente, todos los que habían sido borrados ya de la lista, fuese cual fuese la ligereza con que se hubiese procedido respecto á sus personas y la autoridad que los había borrado, se hallaban legítimamente fuera de la lista de los emigrados. Considerábanse como no existentes ciertas inscripciones colectivas con la designación de hijos ó herederos de los emigrados. Las mujeres que estaban bajo la potestad conyugal al abandonar la Francia, los menores de diez y seis años, los sacerdotes que habían salido del territorio en cumplimiento de las leyes de deportación, los individuos comprendidos bajo el nombre y calificación de trabajadores, jornaleros, obreros, artesanos y criados; los que se habían ausentado antes de la revolución, y por último, los caballeros de Malta residentes en aquella isla durante nuestras turbulencias, todos quedaban definitivamente borrados. Cancelábanse también los nombres de las víctimas que habían perecido en el cadalso, como justa reparación debida á sus familias y á la humanidad. Establecidas estas exclusiones, permanecían sin excepción inscritos todos los que habían hecho armas contra la Francia, los que ejercían empleos civiles ó militares en las dependencias de los príncipes desterrados, los que habían admitido grados ó títulos de los gobiernos extranjeros sin autorización del gobierno francés, etc. El ministro de la Justicia debía nombrar nueve comisarios, y otros nueve el de la Policía; á estos diez y ocho comisarios debía agregar el primer cónsul nueve consejeros de Estado; y estos veintisiete personajes reunidos tenían á su cargo fijar la nueva lista de emigrados con arreglo á las bases referidas. Los emigrados definitivamente excluidos tenían que prometer ser fieles á la Constitución para residir en territorio francés, ó obtener que se les alzase el secuestro de los bienes no vendidos. Tenían que permanecer bajo la vigilancia de la alta policía hasta la conclusión de la paz general y un año después. Se tomó esta precaución en favor de los compradores de bienes nacionales. En

cuanto á los emigrados definitivamente inscritos en la lista, nada por el pronto podía establecerse y se remitió á más adelante todo lo concerniente á ellos.

Este decreto en aquellas circunstancias era lo más razonable que podía hacerse. Excluía de la lista de proscripción á la parte más considerable de los inscritos; y reducía dicha lista á un escaso número de enemigos declarados de la revolución, cuya suerte remitiría á los tiempos posteriores. De este modo, cuando la república quedase definitivamente victoriosa en Europa, universalmente reconocida y sólidamente fundada; cuando la firme voluntad que tenía el primer cónsul de proteger á los compradores de bienes nacionales hubiera sido suficiente á tranquilizarlos del todo, entonces probablemente se podría completar aquel acto de clemencia, y llamar en fin á la patria á todos los proscritos, incluso aquellos que habían sido criminales con la Francia. Por el pronto había que limitarse á salvar muchas cuestiones embarazosas y á poner término á muchas intrigas.

Ya vemos cuántas dificultades de toda especie tenía que vencer el gobierno para restablecer el orden de una sociedad trastornada, y para ser clemente y justo con unos, sin aparecer injusto y violento con otros. Pero si bien luchaba con tantos trabajos y afanes, también le recompensaba por ellos la adhesión casi unánime de toda la Francia. En los primeros días que siguieron al 18 brumario, todos se arrojaron en los brazos del general Bonaparte, porque buscaban la fuerza dondequiera que estuviese, y porque según los actos de aquel joven cuando todavía era general en Italia, esperaban ver empleada aquella fuerza en servicio del buen seso y de la justicia. Sólo una duda ocurría entonces que entibiaba algún tanto el ardor con que se entregaban á su persona. Dudábase si lograría sostenerse más tiempo que los gobiernos que le habían precedido. ¿Sabrá gobernar, decían algunos, tan bien como sabe combatir? ¿Pondrá término, decían otros, á las turbulencias y las persecuciones? ¿Se declarará por este ó por el otro partido? Pero los once ó doce meses ya transcurridos disminuían visiblemente tales dudas. Su poder se iba consolidando de hora en hora, y especialmente desde la jornada de Marengo, la Francia y la Europa se plegaban á su ascendiente. Por lo tocante á su genio político sólo había una opinión entre los que le veían de cerca: tenía tanto de grande hombre de Estado como de gran capitán. En cuanto á la dirección de su gobierno, era tan evidente como su genio; pertenecía á aquel partido moderado que no quería ya persecuciones de ninguna especie, que dispuesto á revocar muchas cosas hechas por la revolución, no quería revocarlas todas, sino que por el contrario estaba resuelto á mantener intactos sus principales resultados. Desvanecidas estas dudas, todos acudieron á él con el empeño propio del júbilo y del agradecimiento.

Hay en todos los partidos dos fracciones: la una numerosa y sincera, cuya adhesión es fácil de conseguir realizando los deseos del país; la otra escasa, inflexible, facciosa, á la cual se desespera realizando dichos deseos en vez de contenerla, porque se le quitan los pretextos de su descontento. Exceptuando esta última fracción, todos los partidos estaban satisfechos, y se entregaban al primer cónsul francamente, ó por lo menos se resig-

naban á su gobierno, si la causa que defendían era incompatible con la de aquél, como sucedía por ejemplo con los realistas. Los patriotas del año 89 (y diez años antes eran casi el total de la Francia), impelidos al principio con entusiasmo hacia la revolución, y contenidos de súbito de allí á poco á vista del sangriento patíbulo, dispuestos ahora á reconocer que se habían engañado en casi todo, creían por fin haber hallado bajo el gobierno consular todo cuanto había de asequible en sus deseos. La abolición del régimen feudal, la igualdad civil, cierta intervención del país en sus propios negocios, no demasiada libertad, y sí mucho orden, el ridículo triunfo de Francia sobre Europa; todo esto, aunque muy diferente de lo que en un principio apetecieron, pero muy suficiente ahora en su concepto, les parecía arraigado y seguro. Mr. de Lafayette que bajo muchos aspectos se parecía á ellos, sólo que estaba menos desengañado, Mr. de Lafayette libertado de los calabozos de Olmutz por el primer cónsul, descubría con las continuas y desinteresadas atenciones hacia su persona cuánto estimaba su gobierno y la adhesión de todos los que pensaban como él. Por lo tocante á los revolucionarios más fogosos que sin estar ligados á la revolución como fautores de excesos criminales eran afectos á ella por convencimiento y por inclinación, agradecían al primer cónsul que se manifestase contrario á los Borbones, cimentando su exclusión definitiva. Los compradores de bienes nacionales, aunque alarmados á veces por su indulgencia con los enemigos, no dudaban de su firme resolución de mantener la inviolabilidad de las nuevas propiedades, y se adherían á él como á una invencible espada que los defendía del único peligro positivo, que era el triunfo de los Borbones y del partido de la emigración por medio de las armas de Europa.

La fracción tímida y bien inclinada del partido realista que pedía ante todo no tener ya que temer cadalsos, destierros y confiscaciones, y que por la primera vez después de diez años empezaba á no sentir abrumada su imaginación con aquella funesta perspectiva, se tenía casi por dichosa, porque para ella sólo el no temer era casi la felicidad entera. Complaciábase los que esta fracción formaban en prometerse del primer cónsul todo cuanto éste no les daba todavía. Para los realistas hubiera sido el grado sumo de la perfección contemplar al pueblo en sus talleres, á la clase media en sus escritorios, á la nobleza en el gobierno, á los Borbones en las Tullerías, y al general Bonaparte á su lado gozando del mayor favor á que pueda aspirar un vasallo. De todas estas cosas creían ya traslucir realizadas tres ó cuatro por los actos y proyectos del primer cónsul, y en cuanto á la última de ver nuevamente á los Borbones restablecidos en las Tullerías, no dudaban en su candorosa credulidad que llegarían á conseguirla como una de las maravillas de su genio singular; y si la dificultad de creer que pudiera entregar á otros una corona que tenía en sus manos desengañaba á los más previsores, por fin se acomodaban con la suerte. «Hágase rey, decían, con tal que nos salve, pues sólo en la monarquía está nuestra salvación.» A falta de un príncipe legítimo parecíanle aceptable un hombre grande; pero necesitaban un rey á toda costa.

De este modo, asegurando á los patriotas del año 89

la igualdad civil, á los compradores de bienes nacionales y á los patriotas exaltados la exclusión de los Borbones, á los realistas moderados la seguridad y el restablecimiento de la religión, y á todos finalmente el orden, la justicia y la gloria nacional, se había granjeado el afecto de la numerosa porción honrada y desinteresada de todos los partidos.

Quedaba lo que siempre queda, la fracción implacable de estos mismos partidos, cuyo cambio sólo consigue el tiempo arrastrándola al sepulcro. Compónenla ordinariamente ó los más convencidos ó los más criminales, y son los últimos que permanecen firmes en la brecha.

Los hombres que durante el curso de la revolución habían manchado sus manos con sangre ó se habían hecho notables por excesos de imposible olvido; otros que sin tener cosa alguna que reprochase habían sido arrastrados hacia la demagogia por la violencia de su carácter ó por la índole de su entendimiento; los exaltados furibundos de la Montaña, los pocos que quedaban sobreviviendo á la famosa municipalidad (Commune), los antiguos jacobinos y franciscanos, todos miraban con exasperación los triunfos del nuevo gobierno, y más crecía su encono cuanto más se consolidaba éste. Decían que el primer cónsul era un tirano que quería obrar en Francia una contrarrevolución completa, abolir la libertad, amparar y proteger á los emigrados, á los curas, y quizá á los mismos Borbones para convertirse en vil servidor suyo. Otros, á quienes no cegaba tanto la cólera, propalaban que intentaba convertirse en tirano en provecho propio, y que quería sofocar la libertad por su interés particular. Según ellos, Bonaparte era un César digno del puñal de un nuevo Bruto; hablaban de exterminio, pero se limitaban á hablar, porque la energía de tales hombres, debilitada ya en sumo grado con diez años de exceso, empezaba á convertirse en pura violencia de lenguaje. Presto veremos, en efecto, que no salieron de ellos los hombres dispuestos á blandir puñales. La policía los acechaba sin cesar, se introducía en todos sus conciliábulos, los observaba con una atención continua. Tales había que lo único que necesitaban era tener que comer, y el primer cónsul aconsejado por el ministro Fouché, los nutría de buen grado, ó si algo valían hacía más, que era darles empleos. Desde entonces ya no eran en el concepto de sus compañeros más que unos miserables vendidos al tirano. Si había gentes que sólo por cansancio aparecían más calmadas y serenas, como sucedió á la sazón con algunos personajes famosos, como Santerre y otros varios, también les alcanzaba al punto la calificación de comprados por el gobierno. Según la costumbre de los partidos, aquellos demagogos incorregibles buscaban en los descontentos supuestos ó verdaderos de la actual situación al héroe fantástico que había de realizar sus ensueños. No se sabe por qué creyeron que Moreau podía mirar con envidia al primer cónsul; sin duda porque había alcanzado la suficiente gloria para figurar como el segundo personaje del Estado. Bastóles su sospecha para levantarlo inmediatamente hasta las nubes. Pero Moreau acababa de llegar á París; el primer cónsul le recibió del modo más lisonjero; le regaló un juego de pistolas guarnecidas de pedrería, que llevaban los nombres de las batallas que había ganado; y desde aquel

momento no le consideraron más que como un esclavo. El demagogo Brune, que hasta entonces gozó de sus simpatías, llamó por su talento la atención del primer cónsul, se granjeó su confianza y recibió el mando del ejército de Italia; pero esto sólo bastó para que se le considerase también como siervo vendido. Massena, por el contrario, fué bruscamente separado del mando de este ejército, y como es natural, se mostraba descontento y murmuraba sin rebozo; pues sólo por esto fué proclamado inmediatamente como el libertador futuro de la república, y por lo mismo había de ponerse al frente de los verdaderos patriotas. Lo mismo sucedía con Carnot, á quien en 18 fructidor motejaban de realista, y cuya proscripción pidieron, y lograron entonces, el cual despojado ahora de la cartera de Guerra, venía á ser para ellos un gran ciudadano; lo mismo sucedió con Lannes, que si bien era afecto al primer cónsul, no por eso dejaba de mostrarse decidido republicano, el cual solía aventurar á veces expresiones bastante significativas sobre la vuelta del clero y de los emigrados; por último, lo mismo sucedió con Sieyes, con aquel mismo Sieyes, antes odioso á los republicanos por haber sido el fautor principal del 18 brumario, luego objeto de sus burlas por las humoradas con que el primer cónsul pagó sus servicios, y ya, por último, casi grato á su partido, sólo porque, poco satisfecho de su nulidad, se presentaba, como se había presentado á todos los poderes, esto es, con gesto de frialdad y desaprobación. Carnot, Lannes y Sieyes debían reunirse con Massena para rehabilitar la república en presentándose la primera ocasión. Finalmente, y esto acabará de pintar la necia credulidad propia de todos los partidos expirantes, el ministro Fouché, que era uno de los principales consejeros del primer cónsul, y que nada tenía que desear; el ministro Fouché, porque conocía á fondo á aquellos patriotas y los tenía muy poco miedo, y aún solía socorrerlos sabiendo que no tenía que desarmar sus brazos, sino poner mordazas á sus lenguas; el ministro Fouché debía reunirse con Massena, Carnot, Lannes y Sieyes, para derribar al tirano y salvar la libertad amenazada.

La facción realista tenía, lo mismo que la facción revolucionaria, sectarios implacables, razonadores igualmente crédulos y conspiradores bastante más temibles. Eran éstos los grandes señores de Versalles que habían regresado ó que estaban próximos á regresar; los intrigantes encargados de las malhadadas pretensiones de los Borbones, que iban y venían de Francia á Inglaterra para urdir tramas pueriles ó para ganar dinero, y finalmente los hombres de acción, soldados fieles de Jorge dispuestos á todo género de crímenes (1).

Los primeros, aquellos magnates acostumbrados á discurrir, se limitaban á hablar mal del primer cónsul, de su familia y de su gobierno. Vivían en París poco más ó menos como extraños á la Francia, sin dignarse apenas observar lo que pasaba, y solicitando á veces que se borrasen sus nombres de la lista de los emigrados ó se alzase el secuestro en que tenían sus bienes no vendidos. Solían con este motivo ir á ver á madama Bonaparte, aquellos al menos que habían tenido cono-

(1) La policía daba á éstos el nombre de *bandoleros* (*brigandés*), así como daba el de *rabiosos* (*enragés*) á los patriotas exaltados. (N. del T.)

cimiento con ella siendo esposa de Mr. de Beauharnais. Iban allá por la mañana, nunca de noche; eran recibidos en el entresuelo de las Tullerías, donde tenía ella dispuesto su departamento privado; manifestábanse como pretendientes asiduos mientras allí estaban; una vez fuera de aquel paraje, se disculpaban de haberse hallado en él, y alegaban por pretexto el deseo de servir á algún desgraciado amigo. Mal hacía madama Bonaparte en dar acceso á aquellas equívocas relaciones; su marido, aunque se veía frecuentemente importunado por causa de ellas, las toleraba por complacer á su esposa, y también por el deseo de saberlo todo y de estar en comunicación con todos los partidos. Entre aquellos pretendientes había muy pocos que ya por sí mismos ó por medio de sus allegados no hubiesen recibido alguna gracia del gobierno; pero la libertad de su lenguaje era siempre la misma. Todo cuanto se hacía por ellos juzgaban que de derecho se les debía. Hallábanse despojados de sus bienes, y si llegaban á restituírseles era un deber, un acto de arrepentimiento de parte del gobierno, por el cual no querían quedar á nadie agradecidos. Burlábanse de todo y no había persona exenta de sus sarcasmos, ni aun la misma madama Bonaparte, la cual si bien tenía en mucho pertenecer al primer hombre del siglo, aparentaba estar como avergonzada de ser la esposa del jefe del gobierno, y además era demasiado buena y débil para confundirlos con el justo orgullo que hubiera podido tener. Hemos dicho que se burlaban de todos, mas no en verdad del primer cónsul, á quien juzgaban excelente general, pero político adocenado sin conjunto en las ideas, por cuanto favorecía hoy á los jacobinos y mañana á los realistas, sin tener voluntad más que en la guerra, por ser ésta su oficio, y también inferior á Moreau en el campo de batalla bajo muchos aspectos. No le negaban que hubiese obtenido ruidosas victorias; concedían que todo esto hasta entonces le había salido bien, pero ¿estaba seguro de que seguiría teniendo igual fortuna?.. La Europa seguramente no era ahora capaz de resistirle; pero ¿triunfaría, lo mismo que había triunfado fuera, de todas las dificultades interiores de que se veía rodeado? La hacienda presentaba notable alivio, pero el papel, que había sido el recurso efímero de todos los gobiernos revolucionarios, seguía siendo aún el recurso del presente. No se veían más que obligaciones de los recaudadores generales, billetes del Banco de Francia, etcétera, etc., y ¿quién aseguraba que no acabaría este nuevo papel como habían acabado todos los papeles anteriores? Ahora, es cierto, había medios para tirar adelante por razón de que los ejércitos se mantenían en los países conquistados; pero ¿cómo se haría para mantenerlos cuando volvieran con la paz á su propio territorio? La propiedad territorial estaba aniquilada, y pronto llegaría el caso en que el contribuyente no pudiera ni quisiera pagar el impuesto. Hablábbase, es verdad, de la satisfacción que experimentaban ciertas clases como el clero y los emigrados, para los cuales se mostraba el gobierno actual lleno de consideraciones; pero este mismo gobierno llamaba á los emigrados sin devolver sus bienes; no hacía por consiguiente más que traer enemigos de fuera adentro, haciéndolos más temibles. Llamaba al clero, pero sin devolverle sus altares; concediendo así las cosas á medias, sólo lograba captarse

los ánimos por un momento para trocarlos luego en ingratos. Bonaparte, según le llamaban los realistas, pues nunca se dignaron darle su título legal, Bonaparte, pues, sólo sabía hacer las cosas á medias. Había permitido que se celebrase el domingo, pero no se había atrevido á abolir el *décadi*, y la Francia, entregada á su propio impulso, había vuelto toda entera á la celebración del domingo. Y no era aquella la única cosa del tiempo pasado á que volvería, no bien se le diese ejemplo ó libertad para hacerlo. El mismo Bonaparte, al restablecer tan pronto una cosa como otra, inauguraba una contrarrevolución que le arrastraría en breve mucho más allá de donde se proponía ir. ¿Quién sabe, decían algunos, si á fuerza de resucitar tantas cosas añejas llegará á restaurar la misma monarquía para sí mismo, haciéndose rey ó emperador? Con esto sólo conseguiría hacer la contrarrevolución más segura, encargándose de acabarla con su propio brazo. Presto había de verse que sobre este trono restaurado era indispensable colocar á los únicos príncipes dignos de ocuparlo; si llega á restablecer la institución, restablecidos quedan los Borbones (1).

Sucedo muchas veces que el rencor es un excelente adivino, porque se complace en suponer errores, y desgraciadamente los errores son lo más probable entre los hombres. Pero en su ardorosa impaciencia casi siempre el rencor se adelanta al tiempo. Aquellos superficiales razonadores no sabían hasta qué punto tenían razón, pero tampoco sabían que antes que se cumplieran sus predicciones había de estar agitado el mundo quince años, que el hombre de quien hablaban de aquella manera, había de llevar á cabo las empresas más sublimes y cometer los más grandes errores, y que antes que todo esto se cumpliese habían de tener ellos tiempo de desmentirse, de renegar de su causa, de servir á ese dueño efímero, y aun de servirle y adorarle con degradante abyección. No sabían que si la Francia volvía algún día á las plantas de los Borbones, volvería como lanzada por la tempestad al pie de un árbol secular y sólo por un instante.

En inferior escala, conspiraban más que con palabras los intrigantes que servían á los Borbones, y en otra más baja todavía, pero de una manera más peligrosa, los agentes de Jorge, en cuyas manos rebosaba el dinero de Inglaterra. Desde su vuelta de Londres andaba Jorge por el Morbihán recatándose de todos, haciendo el papel de hombre resignado que regresa á sus campos; pero en realidad animado de un odio implacable, y habiendo jurado en su corazón y á los Borbones morir ó acabar con el primer cónsul. Presentar en cierto modo batalla á los granaderos de la guardia consular era imposible; no obstante, entre los partidarios de la chuanería había brazos dispuestos á valerse del último recurso de los partidos vencidos, es decir, del asesinato. No era difícil reunir entre ellos una gavilla resuelta á todo, así á los

(1) No es fantástico este retrato de los emigrados de aquel tiempo; el lenguaje que les atribuyo está copiado de la voluminosa correspondencia dirigida á Luis XVIII y llevada después por este príncipe á Francia. Depositada durante los cien días en las Tullerías, y luego en el archivo de Negocios extranjeros, dura consignado en ella el singular testimonio de las ilusiones y de las pasiones de aquella época. Hay documentos en ella que rebosan agudeza é ingenio; todo en general ofrece la mayor curiosidad. (N. del A.)

crímenes más negros como á las más temerarias tentativas. Jorge, que no tenía aún determinado el momento y el lugar que convendría elegir para llevar á cabo su empresa, los alentaba entretanto, comunicaba con ellos por medio de confidentes y les proporcionaba para su sustento, ó el botín en los caminos reales ó parte del dinero recibido con profusión del gabinete británico.

El primer cónsul, satisfecho de los homenajes de la Francia, y de la adhesión unánime de los hombres sinceros y desinteresados de todos los partidos, se ocupaba muy poco en las expresiones de los unos y en las



Fouché

tramas de los otros. Enteramente dedicado á su tarea, casi no prestaba atención á las vanas hablillas de los ociosos, aun cuando estuviese muy lejos de ser insensible á ellas; pero en la actualidad estaba demasiado embebido en su trabajo para prestar á aquellos dichos grande atención. No pensaba mucho más en las tramas urdidas contra su persona; mirábalas como uno de aquellos azares que arrostraba diariamente en los campos de batalla con la indiferencia del fatalismo; fuera de esto, padecía también engaño por lo tocante á la índole de los peligros que corría. Como había arrebatado el mando en 18 brumario al partido revolucionario, y le tenía en aquel momento por su principal enemigo, achacaba á este partido todo cuanto acontecía y daba muestras de tenerle peor voluntad que á otro ninguno. Los realistas, al menos á la sazón, no eran á sus ojos más que un partido perseguido, al cual convenía sacar de la opresión; no ignoraba que había entre ellos algunos malvados; pero viviendo con los moderados había contraído la costumbre de no recelar violencias sino de parte de los revolucionarios. Uno de sus consejeros no obstante procuraba sacarle de aquel error, y era Mr. Fouché, el ministro de Policía.